

Estos ejemplos, y otros muchos de la vida de los santos, prueban el cuidado exquisito con que miraban la pureza de su corazón y el progreso de su alma. En vez de acusarlos de haber hecho mucho, debiéramos temblar y preguntarnos si creemos que, descuidando la vigilancia sobre nosotros mismos, podremos progresar en el bien, ó tan sólo salir de nuestras perpetuas distracciones y sobreexcitaciones, ó vencer únicamente las peligrosas tentaciones que nos asaltan.

Si las personas piadosas y los santos vigilan tan cuidadosamente su exterior, fácil es darse cuenta de la severidad con que tratan su interior, y de cómo practican la principal especie de mortificación, es decir, la mortificación del alma, de sus inclinaciones y pasiones.

Verdadero temor causa el ver á qué precio han luchado años enteros contra sus defectos naturales, contra sus hábitos peligrosos, contra las consecuencias de sus faltas y negligencias de otros tiempos, con qué tenacidad han trabajado en purificar sus afectos de toda inclinación malsana, y en ponerlos por completo al servicio de la virtud, con qué seriedad se han esforzado en vencer la curiosidad y los extravíos de su inteligencia, en moderar el ardor de sus deseos, en expulsar sus distracciones, en refrenar su imaginación desordenada, en purificar su memoria de todo recuerdo perturbador, en dar flexibilidad á su voluntad, pureza á su corazón, calma á sus nervios. <sup>(1)</sup>

Y, sin embargo, apenas si nos acordamos de que debemos seguir esta misma vía, si queremos llegar al mismo fin.

**8. La mortificación como medio de disciplina, y como remedio que fortalece y cura al alma en la vía iluminativa.**—Pero lo que hasta el presente hemos visto, constituye únicamente la primera empresa, y no el fin más elevado que la mortificación debe alcanzar.

(1) Cf. Alvarez a Paz, II, 1, 2, p. 3; III, 1, 3, p. 1, c. 7; l. 4, p. 1. Philipp. a S. Trinit., I, tr. 1, d. 2; tr. 2, d. 1-4. Meynard, (3), I, 175 y sig. Lejeune, 71-100, Bürger, 163 y sig. Cf. más arriba, n. 4.

Hasta ahora no se proponía otro objeto que extirpar de raíz sus consecuencias y afectos, el mal que domina en nosotros. Sin embargo, esto no es más que el principio del mejoramiento personal de la llamada vía purgativa. Pero á ésta siguen aún otras vías, la del progreso y la de la perfección. Y sobre estas dos vías tiene también importancia la mortificación, sólo que desde otros puntos de vista.

Verdad es que existe una opinión muy difundida y sostenida antiguamente por los neoplatónicos, según la cual el que quiere ser bueno, solo tiene necesidad de dominar la influencia excesiva de la parte sensible de su ser sobre la parte espiritual. Con tal que llegue uno á este resultado, todo está concluído, elevándose entonces el alma por sí misma á la pureza. <sup>(1)</sup>

Pero no. Quien así piensa, sólo muestra que tiene poca experiencia de la vida espiritual, y que, á lo sumo, se ha movido en sus hondonadas.

Es el mismo error que esa ilusión, á veces muy frecuente, que consiste en creer que uno es bueno tan pronto como ha cesado de pecar. Pero, en este caso, también sería bueno el que carece ya de fuerzas para obrar el mal, ó no encuentra ocasión propicia para ello. Ahora bien, ¿quién se atrevería á sostener esto? ¿Quién se atrevería á llamar sano al hombre en quien ha cedido un acceso de fiebre?

Sí, queda todavía un largo camino que seguir, á partir del momento en que uno ha renunciado al pecado, para llegar á aquel en que el alma está sólidamente establecida en el bien. Sólo es capaz de comprender esto el que hace ya muchos años que marcha por el camino de la perfección.

Quizás no ha cometido jamás pecado alguno, y no está, por consiguiente, sometido á la tiranía de sus efectos. Sin embargo, no puede desconocer su debilidad, su inclinación al mal, los peligros que le envuelven y le amenazan con hacerle caer. Siente que las viejas tentaciones, que cien veces ha vencido ya, se despiertan siempre de nuevo, y no

(1) Plotin., *Enn.*, 1, 2, 3 (Didot, p. 10, 4 y sig.).



ignora lo poco que se necesita para hacerle sucumbir, á pesar de su buena voluntad, si no fortalece sin cesar su debilidad con toda clase de esfuerzos.

Así se explica fácilmente que las almas rectas, que no tienen que expiar faltas propias, sean precisamente las que más aman la mortificación, ya que saben apreciar el auxilio que en ella encuentran para curarse y progresar en la virtud.

Hay en la mortificación una virtud maravillosa, de la que se priva quien no la practica.

¿De dónde proviene nuestra debilidad ordinaria que desafía constantemente á la gracia? ¿Por qué somos tan propensos á las recaídas? ¿Por qué esta inconstancia en nuestras buenas resoluciones? ¿Por qué perseveramos tan rara vez en el bien?

La causa de todo esto consiste en que nos repugna la mortificación. Sólo aquí vemos la gran necesidad que tenemos de su auxilio y los servicios que nos presta.

Su más apremiante necesidad no se manifiesta únicamente como castigo. Á todo hombre le llega una época de progreso, en la que la mortificación no le es tan necesaria como al principio. Pero, en este caso, no le es menos necesaria como medio de disciplina para fortalecerse, y como remedio para curar su alma enferma.

Error grave sería el creer que la mortificación conviene únicamente á los grandes pecadores y á los penitentes, sino que también forma parte de la vía iluminativa, en la que ocupa un lugar distinguido.

Para curar y fortalecer al alma que acaba de sacudir su enfermedad pasada, para conducir al que es puro á una pureza mayor, es la mortificación uno de los medios más indispensables y eficaces.

**9. La mortificación como medio de elevación sobrenatural en la vía unitiva.**—Pero esto no es menos cierto cuando se trata de alcanzar la perfección, es decir, el tercer grado de la vida espiritual.

La mortificación no debe abandonar jamás al hombre

mientras no haya conseguido este fin, ya que es tan obligatoria para el perfecto como para el principiante y el progresante. Sólo que su empresa y su carácter difieren en cada uno de estos tres grados.

Desde luego entraña el carácter de un instrumento de muerte, luego el de un medio de disciplina y el de un remedio para fortalecer y curar, y, finalmente, el de un medio para llegar á la unión completa con lo sobrenatural.

En la vía purgativa, le da el Espíritu Santo el aspecto del temor, en la iluminativa el de la fuerza, en la unitiva el de la piedad.

Vemos aquí con cuánta frecuencia somos injustos con Dios y con los santos. Quisiéramos poseer las perfecciones de estos últimos y gozar de sus consuelos, pero quisiéramos todo esto sin vivir de su vida, ó bien creemos que hay en ésta dulzuras imaginarias.

Esto es un error. Cada paso hacia la perfección les cuesta á los santos una lucha penosa, y comprar á gran precio cada uno de los consuelos que les procura su unión con Dios. También para ellos, y sobre todo para ellos, todo esto es el precio de su fidelidad. La menor infidelidad en un esfuerzo exigido por Dios de ellos para vencerse, una momentánea detención en el camino de la renuncia personal, debe ser expiada por ellos inmediatamente, con tales penitencias como no las exige Dios de nosotros, sus servidores imperfectos, de nosotros, que tanto amamos la mollicie. Y Dios, satisfecho de la aterradora severidad que ejercen consigo mismos, les impone además con frecuencia, para hacer desaparecer los últimos obstáculos que se oponen á la luz de la contemplación y á su completa unión con Él, esas purificaciones excesivamente duras que la mística conoce con el nombre de purificaciones *pasivas*.<sup>(1)</sup>

(1) Godínez-Reguera, *Myst.*, I, 3, q. 1, 2; López de Ezquera, *Lucerna mística*, tr. 6; Schram, *Myst.*, § 164 y sig., 226 y sig.; Scaramelli, *Myst.*, tr. 5, 16 y sig., 154 y sig.; Vallgornera, n. 435 y sig., 763 y sig. (ed. 1890, I, 306 y sig., 548 y sig.; Phil. a S. Trin., *Myst.*, I, tr. 3; Ribet, *Mystique*, (2) I, 357 y sig., 378 y sig., 404 y sig. Meynard, (3) II, 151-268. Lejeune, 221-255.



Creemos haber hecho algo de extraordinario cuando lanzamos, medio divirtiéndonos y medio por pasatiempo, una mirada furtiva al camino de la vida espiritual. Y al punto nos lamentamos de no poder hallar á Dios, de tardar tanto en convertirnos en hombres nuevos, de no sentir todavía el nacimiento de las alas que deben elevarnos, y dirigir nuestro vuelo al tercer cielo.

Pero aun en los santos que hacen milagros y que desentrañan sus secretos á la luz de la contemplación, encuentra Dios todavía tantos obstáculos para la completa unión con su santidad, que no admite como suficientes sus más heroicas mortificaciones. Dios mismo tiene que encargarse de la última pero delicada purificación, á fin de conducirlos á la más elevada perfección.

Así, el grado más alto de mortificación en los santos es para nosotros la mejor prueba de que, para llegar al cielo, no hay otro camino que el de la penitencia, el de la mortificación, el de la renuncia personal.

El sabio, el artista, el poeta, esos hombres que no aspiran más que á fines terrenales, abandonan, no obstante, el mundo, y se privan de numerosos goces permitidos, á fin de conservar su espíritu en la calma, fortalecerlo para las grandes empresas y facilitarle el vuelo hacia lo ideal. Y ¿creeremos nosotros poder elevarnos á lo sobrenatural sin emplear los mismos medios? Si la sabiduría terrestre y el arte no se hallan en el país en que se goza de vida cómoda <sup>(1)</sup> ¿cómo podremos nosotros, con nuestra mollicie y nuestra medianía, poseer la sabiduría divina y la más difícil de todas las artes, la vida sobrenatural perfecta?

Si los santos, que nunca perdieron su inocencia bautismal, han amado la mortificación; si el mismo Rey de reyes, que estaba lleno de gracia y de verdad, al propio tiempo que era esplendor de la gloria de su Padre, llevó una vida tan aústera, ¿qué podremos responder sobre esto nosotros, pobres pecadores? No otra cosa que estas pala-

(1) Job, XXVIII, 13.

bras de la Escritura: «Sólo si sufrimos con Él, seremos glorificados con Él». <sup>(1)</sup> «Sólo será coronado quien lidiare según sus leyes». <sup>(2)</sup> No otra cosa que lo que los santos se han dicho para animarse á proseguir por la vía estrecha: «La caridad de Cristo nos urge». <sup>(3)</sup>

Sí, esta idea debe ser decisiva. Si el Salvador practicó una vida de mortificación y abnegación, como lo hizo, ¿no deberíamos avergonzarnos de llevar su nombre, si, en la medida de nuestras fuerzas, no procurásemos asemejarnos á Él en seriedad y abnegación personal?

**10. Lo que el precepto de la mortificación exige esencialmente de nosotros.**—¡Fuera, pues, todo temor y toda mollicie! ¿En qué pensamos? ¿qué hacemos? Los pequeños y los débiles conquistan el reino de Dios á costa de acciones heroicas; ¿y nosotros no nos hastiaremos de esta degradante servidumbre en que nos sumerge nuestra propia cobardía? ¿No debemos decirnos todos:

«¡Ah, qué sueño tan pesado encadena mis fuerzas! ¿Qué nimias futilidades enervan el vigor de mi espíritu!» <sup>(4)</sup>

Tiempo es ya de que cese nuestra medianía, y de que, «semejantes al hombre que sacude las cadenas del sueño tras prolongado dormir», <sup>(5)</sup> rompamos con nuestros pueriles escrúpulos.

Que nadie se espante, pues, de la palabra *mortificación*. No es tan terrible como se imagina el mundo. El horror que le infunde es como el miedo que siente por los espectros: aterradores de lejos, nada de terrible tienen cuando se les ve de cerca; el horror es más imaginario que real.

¿Qué es lo que exige de nosotros el precepto de la mortificación? ¿Acaso nos exige que pasemos cuarenta días sin comer ni beber como el Salvador, que tengamos constantemente en mano el látigo ó las disciplinas, que nos presentemos diariamente al Padre que está en los cielos con

(1) Rom., VIII, 17.

(2) II Timoth., II, 5.

(3) II Cor., V, 14.

(4) Tasso, *La Jerusalem libertada*, XVI, 33.

(5) *Ibid.*, XVI, 31.



la espalda ensangrentada en expiación de nuestros pecados y de los pecados del mundo, como su Hijo en la columna de la flagelación, ó bien que procedamos como esos héroes de la fe que no concedían precio alguno á las cosas del mundo, recibiendo con indiferencia las burlas y los golpes, tendidos día y noche en el banco de tortura, muriendo de hambre y de sed, atormentando su carne con vestidos de penitencia?»<sup>(1)</sup>

No. ¿Quién ha reclamado jamás esto de nosotros? Esos héroes de mortificación han realizado precisamente cosas tan difíciles para llenar la medida de la penitencia exigida por la justicia de Dios, y eliminar así la que se reclama de nosotros. ¿Si tan sólo realizásemos lo poco que de nosotros exige! ¿Qué es lo que Dios espera de nosotros? Que tengamos cuidado de nuestro cuerpo como el viajero cuida á su caballo, con el que ciertamente tiene miramientos, pero al que emplea en trabajos serios;<sup>(2)</sup> que cuidemos de él como un instrumento del alma para que pueda servirla, sin que jamás reciba fuerzas tan superabundantes, que le conduzcan á sustraerse á sus obligaciones para con ella;<sup>(3)</sup> que no lo tratemos como á un criminal, es decir, colérica y brutalmente, sino con miramientos y paciencia,<sup>(4)</sup> como la parte más débil sobre la cual el alma—ya que él carece de razón—debe velar racionalmente, á fin de no oprimirlo, ni dejarse oprimir por él;<sup>(5)</sup> que le consideremos como al huésped complaciente que da hospitalidad á la parte más noble de nuestro ser, y que le indemnecemos con dones espirituales más elevados de los cuidados que le ha prodigado.<sup>(6)</sup>

Para hablar con más sencillez, debemos conceder siempre al cuerpo lo necesario, y alguna vez también un recreo

(1) Hebr., XI, 36 y sig.

(2) Humbert a Romanis, *Expos. regulae S. Augustini*, p. 4 (Bibl. P. P. Maxima, Lugdun., XXV, 585, c).

(3) Bernard., *Advent. sermo*, 6, 3.

(4) Radulph. Flaviniac., *Levit.*, 1, 6.

(5) Gregor. Magn., *Mor.*, 5, 68.

(6) Bernard., *Advent. sermo*, 6, 5.

moderado. Pero debemos alejar de él cuanto pueda serle peligroso, y peligroso para el alma. No debemos, pues, dormir demasiado, ni en cama regalada, ni vestirnos con sobrada delicadeza, ni evitar las más nimias molestias físicas. Por lo contrario, debemos observar regularidad en abandonar el lecho y en nuestro trabajo, huir de las diversiones inútiles, dar de lado á los placeres vanos que matan el espíritu, vigilar nuestra lengua y nuestros ojos, domar nuestra curiosidad, rehusarnos en ocasiones una golosina, interrumpir súbitamente un placer de poca monta, renunciar á un goce cuando empieza á tiranizarnos; en una palabra, aprender á observar en todas partes la modestia, el dominio personal y la moderación.

Sí, moderación y dominio personal; he aquí á lo que se reduce, para la mayor parte de los hombres, el precepto de la mortificación.

Aun las terribles penitencias practicadas por los austeros eremitas y los rígidos monjes del desierto, no eran más que excepciones voluntarias. Regla era también para ellos que la moderación constante y la adversidad soportada con paciencia y resignación eran preferibles á las grandes mortificaciones aisladas.<sup>(1)</sup>

Pero lo que miraban todavía como más importante, era la gran verdad de que la mortificación interna es muy superior á la externa.

No ceder á la cólera era considerado por ellos como superior á ayunar cuarenta años.<sup>(2)</sup> No ignoraban que el Apóstol había enseñado que los ejercicios corporales tenían poca utilidad, pero que la piedad era útil á todo.<sup>(3)</sup> No que dijese que la mortificación externa es superflua y sin valor, sino únicamente que tiene utilidad limitada cuando se la compara con esos sentimientos interiores de amor á Dios, que, bajo la influencia del Espíritu Santo, hacen al alma capaz de todo bien. No dice, pues, esto que

(1) *Vitae Patrum*, 5, 10, 44; Cassian., *Inst.*, 5, 7, 8, 9.

(2) Cassian., *Inst.*, 5, 27; *Vitae Patrum*, 5, 4, 23.

(3) I Timoth., IV, 8.



excluyamos las prácticas externas, sino que demuestra la importancia que se concede á la disciplina interior del espíritu.

Si la mortificación corporal, la cual, sin embargo, sólo tiene un valor secundario y limitado, es tan importante, ¿qué decir de la mortificación interior?

No carece, pues, de importancia poner en guardia á nuestra época contra esa concepción superficial de la mortificación tal como la practicaban los cínicos y los fariseos. Siempre hay quien, como Lutero en sus principios, busca únicamente la salvación en el aniquilamiento de la carne, en vez de buscarla en la purificación y sujeción de las pasiones. <sup>(1)</sup> Siempre ha habido quien, como los jansenistas, ha creído poder restablecer la disciplina quebrantada por medio de austeridades corporales y de la más minuciosa observancia de todas las prácticas externas, gentes que se han considerado como perfectas, y se han arrogado el derecho de despreciar á los demás, porque ellos practicaban ostensiblemente mortificaciones extraordinarias.

Ahora bien, esto no está conforme ni con el espíritu de la Iglesia, ni con los sentimientos de los santos, ni con la doctrina del Salvador. «Muchas personas consagradas á Dios—dijo un día nuestro Señor á Santa Brígida—llevan una vida austera. Sin embargo, no se acercan á mí, si su austeridad no se apoyó en la verdadera base. El ayuno es excelente, pero es preferible la caridad. Sin ésta, no hay salvación. Las austeridades externas no siempre son oportunas, ni convienen á todos. Pero nadie está dispensado de la perfección del corazón». <sup>(2)</sup> «Han cambiado los tiempos. Puede tratarse al cuerpo con menos dureza, y mitigar el ayuno, con tal que los progresos espirituales del alma no sufran detrimento alguno». <sup>(3)</sup> «También yo, cuando vivía en la tierra, viví de tal suerte que nadie pudiese

(1) De aquí el reproche que Murisier (véase más arriba, n. 7) dirige á la religión.

(2) Birgitta, *Extravag.*, 13.

(3) *Ibid.*, 6, 65, 91.

horrorizarse de mi austeridad, y todos los hombres pudiesen imitarme». <sup>(1)</sup>

De aquí que la mortificación que conviene á todas las situaciones y á todos los hombres, aquella á la cual nadie puede sustraerse, sea la mortificación de los sentidos, y todavía más, la de las pasiones. Sin ella, toda mortificación externa es inútil; antes por lo contrario, toda mortificación física debe tender á este fin como medio secundario, si no quiere uno que sea dañina. <sup>(2)</sup> Tal es el verdadero combate espiritual, <sup>(3)</sup> del que depende la salvación del alma, y en el cual los maestros de la vida espiritual procuran ejercitar á sus discípulos. Sin esta mortificación interna, nadie puede llegar á ser mejor, ni mucho menos perfecto. Pero también hay que decir que todos pueden practicarla.

Alguien puede decir: «No puedo ayunar»; pero ¿dirá: «No puedo domar mi lengua ni mis ojos?» Y si pretende que no tiene necesidad de látigo ni disciplinas, ¿hallará un pretexto para dispensarse de la obligación de mortificar sus pasiones, sus malos hábitos, sus malas inclinaciones, el desorden de su imaginación, la adhesión á su propia voluntad, el espíritu de contradicción, la inclinación al mal?

Así, pues, lo necesario á todos los hombres para lograr su salvación, lo que todos pueden practicar, si lo quieren, es la renuncia personal.

Para curar nuestras llagas morales individuales y sociales, nada nos es tan necesario como la abnegación y la renuncia de uno mismo.

¿De dónde, pues, provienen casi todas nuestras enfermedades á la moda, las enfermedades del corazón, de los nervios, la hipocondría, el histerismo, sino de la falta de abnegación personal? ¿Cuál es la causa de que sea tan intolerable la miseria de la época, y tan abrumadora la pobreza? ¿Por qué la persecución y el olvido conducen con-

(1) Birgitta, *Ibid.*, 6, 122.

(2) Cassian., *Inst.*, 5, 11.

(3) Birgitta, *Ibid.*, 5, 12.